

pregunte, ¿qué versos os dedicarais, si nuevo Colon, hubieseis encontrado la América?

27 DE NOVIEMBRE.

Una sorpresa.—Galería del Palacio Pitti.—Juicio sobre el Renacimiento.

Este día, en que el cielo se mostraba tan puro como la víspera, comenzó por una sorpresa. Os la daría yo de mil veces y no la adivinarais. Cuarenta y ocho horas antes habíamos encontrado franceses en la mesa redonda del hotel; hoy sabemos que estamos alojados en casa de un... ¡niverniano! Así es. Desde por la mañana, el dueño del hotel que había visto y registrado nuestros pasaportes, vino á verme, y me dijo: «Estoy muy contento, señor abate, de ver á un eclesiástico de mi país.»

—¿Sois frances?—Más que eso, soy de Nevers: mi padre y mi madre eran de Nevers; tengo un tío en esa ciudad, es sacerdote, ¿vive todavía?—¿Cuál es su nombre?—Mr. B....—Le conozco mucho. Aunque muy entrado en años, estaba en buena salud hace un mes que salí yo de allá. Y las lágrimas inundaron los ojos de aquel excelente hombre, haciéndonos desde luego íntimos conocidos, y hénos aquí hablando de Nevers y del niverniano. El digno Mr. B.... me contó su interesante historia, y desde ese momento fuimos los hijos mimados del hotel de *Porta Rosa*.

Casi tan contentos de nuestro encuentro, como Mr. Felipe Berrier con su descubrimiento, nos dimos á andar. La vieja Florencia religiosa ya había recibido nuestra visita; hoy le tocaba su turno á Florencia artística. La madre antes que la hija. Hé aquí lo que se llama observar las conveniencias.

Las galerías del palacio Pitti, los Uffizi,

el Palazzo Vecchio, la Academia nos vieron sucesivamente. Estos brillantes santuarios del arte han de haberse quedado harto admirados, cuando estando acostumbrado á tantas sonrisas de aprobación, á tantas exclamaciones de admiración, vieron en nosotros el semblante habitualmente severo que les pusimos. Para justificarnos, creo que bastará una explicación.

Estábamos en los lugares de triste memoria, en donde tres siglos y medio antes, el arte convertido en sensual y libertino, había repudiado á su casta esposa la religión católica, para desposarse con la impura mitología de la Grecia y de Roma. Por todas partes veíamos los frutos degradados de este adúltero comercio: deplorable divorcio cuya causa y cuyos efectos conviene recordar. El Cristianismo, que había purificado el mundo de las infamias paganas, que le había salvado de la barbarie de los pueblos del Norte, que había elevado á las sociedades modernas á tan gran superioridad de costumbres y de luces, había inspirado también al genio de las artes. En el fuego siempre puro de sus altares, en la claridad siempre divina de sus misterios, el pintor, el escultor, el arquitecto, el poeta, el orador, habían encendido su antorcha, habían bebido sus inspiraciones; y el mundo admirado había visto traducirse sus pensamientos en monumentos de todo género, de una elevación, de una gracia, de una castidad, de una majestad, de un espiritualismo desconocido de los antiguos. Esto era un admirable reflejo del principio sobrenatural que había llegado á ser el alma de las naciones rejeneradas.

El siglo XV llegaba á su mitad. Hija de la fé, la Europa artística marchaba con paso rápido por la vía de un progreso que le era propio, porque era el desenvolvimiento natural de su religión, de sus costumbres, de sus ideas, fundidas como ella

en el molde del cristianismo. Ya san Bernardo había hablado; el Dante había cantado; Cimabáe, Giotto y muchos otros habían escrito con su inmortal pincel las sublimes páginas del arte cristiano en las iglesias de Florencia, de Bolonia, de Asis y de Padua; mil catedrales, con sus innumerables agujas lanzadas al aire, llevaban hasta las nubes la gloria de la arquitectura católica y el poder del genio inspirado por la fé. ¡Qué brillante día anunciaba aquella aurora tan esplendente!

Pero hé aquí que llegan á Florencia los griegos, tristes despojos de una nación dispersa por los cuatro vientos, por haber traicionado la fé de sus padres. En su equipaje de proscritos llevan las obras de los filósofos, de los poetas, de los oradores, de los artistas paganos, de quienes son admiradores fanáticos. Acojidos por los Médicis, pagan su hospitalidad explicando las obras de sus antiguos compatriotas. Al oírlos parece que la Europa no había conocido nada de filosofía, de elocuencia, de poesía, de bellas artes. «Bárbara, instrúyete, no busques ya tus modelos ni tus inspiraciones en tus grandes hombres, en tus anales, en tu religión. Roma pagana, la Grecia pagana sobre todo, son las únicas que te ofrecen modelos de todos géneros, obras maestras dignas de tus meditaciones. Allí está el monopolio del genio, del saber y de la elocuencia; allí existieron los hombres que debes imitar, pero á quienes no igualarás nunca; tu gloria consiste en acercarte á ellos; no te lisonjees de poder llegar más lejos; ellos levantaron las columnas de Hércules de la inteligencia humana.»

Hé aquí lo que se dijo y repitió en todos los tonos por los recién venidos y sus discípulos. Y se dejaron convencer por sus discursos; y se rompió violentamente con el pasado; y no se vieron más que paganos de Atenas y de Roma, y en cuanto

pudo, la Europa sabia, se esforzó en hacerse á su imájen. Investigaciones activamente emprendidas, condujeron al descubrimiento de algunas estatuas de los habitantes del Olimpo; todas las artes acudieron para inspirarse á la contemplación de los nuevos modelos; la revolución se consumó. Tal es en pocas palabras la historia del Renacimiento. En cuanto á su influencia sobre la sociedad en jeneral, y especialmente sobre las bellas artes, ha sido materia de los juicios más contradictorios. Puesto que estamos en Florencia y que vamos á visitar la galería Pitti, van á pasar á nuestra vista las principales piezas del proceso, importa estudiarlas bien. Este es el mejor medio de apreciar con justicia el gran movimiento del siglo XV, y de distribuir concienzudamente el vituperio y la alabanza.

El Renacimiento, conviene en ello todo el mundo, fué, sobre todo, el culto de forma más ó ménos despreciada por la escuela católica. Este amor á la forma es bueno y aun necesario para la perfección de los objetos de arte. De aquí nacen los soberbios impulsos que Roma, la primera, se apresuró á darle. Pero debe encerrarse dentro de justos límites. Desde luego no debe sobreponerse á la inspiración en el sentido de que el artista, absorto por el deseo de hacer material la belleza, desprecie el pensamiento que debe animar la tela ó el mármol, y en los asuntos religiosos hacer del arte un verdadero sacerdocio. Fuera de esto, el amor de la forma no debe extenderse hasta buscarla y hacerla patente en ciertos pormenores que la moral pública no permite presentar á la vista. En fin, el amor á la forma no debe hacer olvidar al artista que la belleza material no puede ni debe ser más que el reflejo de la belleza ideal, cuyo tipo se encuentra en la humanidad ennoblecida por el Cristianismo. Los gloriosos habitantes

del cielo, el Hombre-Dios, su augusta Madre, los ángeles, los santos y las santas, estudiados en el silencio de la meditacion y contemplados en esa segunda vista que dan la pureza de corazon y la piedad, hé aquí la fuente de la inspiracion cristiana y el verdadero tipo de lo bello. Entre esta inspiracion y la inspiracion mitológica, hay, y se concibe muy bien, la misma distancia que entre el cielo y la tierra. Presentar las cualidades divinas, las virtudes, los sentimientos celestes de esos tipos augustos, añadiendo á ello la belleza de la forma, es elevar el arte á su más alta potencia.

Una vez recordados estos principios, diremos que el Renacimiento merece justos elogios por haber cultivado la forma, y le rendimos de buena gana nuestro tributo. Pero si ha sacrificado la inspiracion á la forma; si la ha pintado en pormenores cuya vista ultraja las costumbres públicas; si en vez de buscar el tipo de lo bello en el cielo, lo ha buscado habitualmente sobre la tierra ó en el Olimpo, entónces merece un severo vituperio, porque ha materializado el genio, y ha hecho al arte infiel á su noble y santa mision. Véamos si es así, y entremos en la célebre galería.

Hémos aquí abajo de la grande escalera, cuyos soberbios tramos subimos entre dos filas, de Vénus, de Hércules, de Faunos, de Bacos, Mercurios, Sátiros, Hijas, Palas y Esculapios. A la escalera sucede el vestíbulo llamado *Sala delle Nicchie*: este nombre le viene de los nichos practicados en las paredes y destinados á recibir las estatuas: allí se encuentran Vénus, Flora, una Musa, Apolo-Musajeta, Marco-Aurelio, Antonino, Cómodo; en fin, ya estamos en el umbral de la galería. Este templo de la pintura, en donde el Renacimiento expone á la admiracion la mayor parte de sus obras, se divide en quince capillas ó salones. Ninguno ha recibido

alguna denominacion cristiana. *Tres* tienen nombres insignificantes: salones *della Stufa*, de los *Enfants*, de *Pocetti*. Los otros doce llevan el nombre de una divinidad pagana ó de un semidios: salon de *Vénus*; salon de *Apolo*; salon de *Marte*; salon de *Júpiter*; salon de *Saturno*; salon de la *Iliada*; salon de la *educacion de Júpiter*; salon de *Ulises volviendo á Itaca*; salon de *Prometeo*; salon de la *Justicia*; salon de *Flora*; salon de la *Música*.

A fin de no engañarse en el pensamiento que precedió á este arreglo y á estas denominaciones, conviene notar que estos últimos salones son los más ricos y los de mayor magnificencia, siendo superior entre ellos el de Vénus; que cada divinidad tutelar está pintada en la bóveda de su salon, con sus castos atributos ó figurando algunos hechos mitológicos, á propósito los unos y los otros para inspirar celestes pensamientos. Abajo, sobre las cuatro paredes del santuario, veis los cuadros de los grandes maestros del Renacimiento. Se diría que son los *ex-voto*, que dan testimonio del reconocimiento de los artistas hacia el dios ó la diosa á cuya inspiracion se creen deudores de las obras de su pincel.

¿Qué pensais de esto? Todo este espectáculo, tan perfectamente pagano, ¿no parece la traduccion literal del pensamiento artistico moderno, y el irrecusable testimonio de la adúltera alianza efectuada á fines del siglo XV? ¿La galería de Florencia no parece decir al jóven artista: "Levanta los ojos á la bóveda de mis salones; he ahí á los que han inspirado las obras maestras que brillan á sus piés; no tienes que buscar en el cielo de los cristianos inspiraciones ni modelos, el Olimpo te basta; ya se te ha trazado el camino por huellas luminosas de los grandes maestros; trabaja, imita, espera!"

Estudiemos ahora los resultados del

principio pagano, inspirador del Renacimiento.

Los cuadros de la galería se dividen en dos grandes clases: los asuntos profanos y los asuntos religiosos.

Los primeros, están tratados por los maestros con una gran perfeccion. Se ve que fueron escritos con inspirado número y con sentimiento en el corazon. Hay figura delante de la cual un cirujano puede hacer un curso completo de anatomía. La dulzura, la fuerza, el brillo, los matices más delicados en la encarnacion; la flexibilidad de las carnes, las fibras, los nervios, los músculos, los menores tendones, el juego completo de los órganos, su dilatacion ó su contraccion según los placeres ó el dolor, ó las impresiones *naturales* del alma; nada falta allí. A todas estas cualidades se unen la regularidad de las proporciones, la irreprochable naturalidad de las posturas, la encantadora belleza de los coloridos y la forma material y la sensacion física, se hallan representadas con una perfeccion inimitable: así debia ser.

Con el mismo gusto y buen éxito el baticio puede estudiar cualquiera flor. Los pistilos y los pétalos, con sus delicados y numerosos matices; las hojas con su suavidad ó tersura, ¿qué sé yo? la posicion del tallo, su diámetro, su elevacion: se puede estar seguro de encontrar allí todo lo que se encuentra en la naturaleza, imitado y presentado con una exactitud asombrosa, esto tambien debia ser así. Por fin, pormenores anatómicos, precision en el dibujo, belleza material, pureza, vivacidad, gracia de colorido; en una palabra, todo lo que pertenece al dominio de los sentidos, está reproducido con una rara felicidad. Hé aquí lo que mira á los asuntos *profanos*.

En cuanto á los asuntos *religiosos*, se adivina lo que pueden ser: el pintor los ha hecho á su imájen como él mismo se ha

criado á la imájen de los modelos paganos y profanos. La forma material no deja nada, ó casi nada que desear. Teneis hermosos hombres y bellas mujeres, Gracias y hasta Diosas; pero santos y santas, poco ó nada. Se busca el cielo, y se encuentra el Olimpo; admira á la vista, pero no mueve el corazon. Todo aquel orden de sentimientos, de ideas, de imájenes, criada en nosotros por el catolicismo y que impone como el fondo de nuestro sér *sobrenatural*, queda allí sin traduccion. El pintor no nos comprende; su idioma no es el nuestro; habla á la *carne*; nosotros hablamos al *espíritu*.

De aquí las incorrecciones y los contrasentidos que comete cuando quiere hablar nuestra lengua. Ejemplos: nos acordábamos de las madonas de Giotto, de Lippo Dalmasio, del bienaventurado Angelico da Fiesole, y buscábamos en las que están colgadas en los salones de Marte ó de Júpiter, los suaves atractivos, la gracia pública, la dulce serenidad, la santidad, en una palabra, aquel reflejo divino que brilla en las primeras y único porque nuestra fé conviene en reconocer á la Virgen Madre de Dios; ¡ay! no lo encontrábamos, excepto tal vez en la *Madona del duque de Alba*, por Rafael. Mirábamos más, y descubríamos á pesar nuestro en los Santos, en las Santas, los Mártires y los Ángeles, un aire de familia con Apolo, Júpiter, las Gracias y las Musas, los Héroes y las Heroínas de la antigüedad, que nos hacia palpable la inspiracion sensual que los ha dictado. Esto es ni más ni menos lo que debe ser. Los *grandes Maestros del Renacimiento* son pintores verdaderamente religiosos, como momentáneamente y por excepcion fueron *verdaderamente cristianos*. De buena fé, ¿quién nos puede hacer creer que llevando una vida sensual, llenando el espíritu, la memoria y el corazon de pensamientos, imájenes y afec-

ciones groseras, baste saber dibujar, tener en la mano un pincel y á la vista la primera Fornarina, dotada de algunos atractivos, para hacer una Santa, una Virgen, ó la más pura de las vírgenes? ¡Oh! esto, según vereis, jamás lo creeré, porque nunca la antorcha divina del genio se enciende en el cieno de las pasiones! Sin embargo, allí está la historia para decirnos que tales fueron los modelos y habitual sistema de los pintores del siglo XVI y de sus sucesores. ¿Y se quería que tuviésemos fe en la inspiración religiosa de todos esos obreros? *Credat Judæus Apollo...*

Haber sacrificado demasiado á la forma material y despreciado la inspiración cristiana, hé aquí, según creo, los dos primeros reproches que justamente pueden hacerse al Renacimiento. La galería del palacio Pitti nos enseña que merece otro mucho más grave. Antes del Renacimiento no se pintaba la desnudez, y esto por dos razones: la primera, porque la religión cristiana, esencialmente espiritualista y moral, lo prohíbe. El arte era tomado por lo serio y mirado como un sacerdocio, como una lengua sobrenatural destinada á expresar un orden de ideas, de sentimientos y bellezas superiores á los sentidos. De ello dan testimonio en diversas épocas la vida y los trabajos de Cinabue, de Giotto, de Lippo Dalmasio, del B. Angelico de Fiesole, de su discípulo querido Benozzo Gozzoli; de Gentile Fabriano, de Tadeo Bartolo; en fin, de los dos religiosos Vidal y Lorenzo, que al pintar los claustros de Bolonia, trabajaban juntos como dos hermanos, excepto si se trataba de la Crucifixión. Entonces Vidal se veía de tal modo anonadado por el asunto, que lo abandonaba todo á su amigo. Yo podría citar otros ejemplos no menos notables de ese profundo sentimiento religioso llevado al arte por los pintores verdaderamente cristianos.

La segunda razón porque no se pintaba la desnudez, es, que no era necesario para la perfección del arte católico. Se buscaba solo la belleza *espiritual*, única cuya vista eleva sobre los sentidos. Ahora, esta belleza se refleja únicamente en los ojos y en las facciones del rostro. De aquí la incomparable pureza de las figuras y el tipo verdaderamente divino, que distinguen las obras de los grandes maestros anteriores al movimiento del siglo XV. Se ve que esta parte absorbía todos sus cuidados y su talento; todo lo demás, visto como accesorio, está tratado con cierta negligencia que ha sido siempre tierno objeto de reproches llevados hasta la injusticia, sobre las partes visibles de las antiguas pinturas. Esta dignidad, esta santa misión del arte fué desconocida por los nuevos artistas. Formados en la escuela del paganismo, no han visto habitualmente más que la belleza material, y para hacerla resaltar han pintado la desnudez; y la han pintado los desgraciados con una abundancia y una osadía, que hacen bajar los ojos á la virtud y ruborizar la frente menos púdica. ¿Es este, preguntamos, el uso legítimo, ó el abuso del arte? ¿Puede creerse que Dios ha dado al hombre el genio para corromper con más habilidad?

Si en los asuntos profanos, la desnudez de que hablo es un escándalo, ¿no es en los asuntos religiosos un contrasentido sacrilego? ¿No se subleva el sentimiento cristiano cuando se nos dan por santas, figuras desnudas y provocativas como las ninfas y sirenas? ¿y por Madre Dios una mujer enseñando á todas las miradas un niño completamente desnudo? No, no, aunque se quiera, jamás se podrá persuadir á ningún católico de que nuestras santas tuvieron la desenvoltura de las diosas, y de que la más reservada de todas las madres, la más santamente púdica de todas las vírgenes, María, en fin, hubiese dado al-

guna vez al público un espectáculo como el de que acabo de hablar.

Por otra parte, nos fué dulce reconocer y nos es consolador proclamar en aquellos contrasentidos extraños, por no decir sacrilegios, que la galería de Florencia ofrece honrosas excepciones: Rafael, el Ticiano, el Guido, el Tintoretto, Julio Romano, y otros más, han escrito páginas verdaderamente sublimes. Pero, admitidas estas excepciones, es difícil dejar de aprobar los reproches dirigidos al Renacimiento. El ha honrado el culto de la forma, hasta hacerlo idolátrico; el arte ha cesado de ser la lengua del espiritualismo, para ser la del sensualismo: en vez de ser un sacerdocio católico, ha sido frecuentemente un sacerdocio degradante y corruptor. Sustancialmente el arte ha perdido, pues, más de lo que ganó en la revolución del siglo XV. En cuanto á la forma, ¿se podría probar que permaneciendo católicamente no hubiera llegado á esa corrección de dibujo, á esa regularidad de contornos, á toda esa perfección de posturas, ropajes y otros accesorios de que justamente se gloria el Renacimiento? El que puede lo más, puede lo ménos. El arte católico se había elevado ya hasta la belleza ideal y espiritualista: un poco de práctica le hubiera dado el secreto de la belleza sensible, cuyos modelos son palpables; pero los había despreciado, por las razones explicadas arriba. Podrían citarse como una prueba las obras maestras del Giotto y del B. Angelico, de Gaddi, etc. La capilla de los españoles, en Roma, posee muchas figuras de tan bello estilo en la expresión como las de Rafael, y los pensamientos son más profundos, las concepciones más vastas. La virgen de Santa María *in Cosmedin* y Nuestro Señor en la iglesia de los Santos Cosme y Damian, son admirables, las figuras son de un tamaño á que no llegaron

nunca en las suyas Miguel Angel, Rafael y todos los pintores que les siguieron.

Salimos de la galería de Florencia con la vista encantada, pero poco satisfecho el corazón. A vista de tanto talento tan tristemente gastado, se jime amargamente, y no se encuentra consuelo, sino solo en la esperanza de una vuelta al orden, vuelta ardientemente deseada hoy, y que cada cual debe hacer un esfuerzo por apresurar su saludable progreso, con todo el poder de su debilidad. Tal es el motivo de las reflexiones que preceden; ¡ojalá pueda él servir á la vez de justificación!

28 DE NOVIEMBRE.

Anécdota.—El Palacio Vecchio.—Los Uffizj.—Visita al Sr. canónigo B.....—Estado moral de Florencia.—Cofradía de la Misericordia.—Catecismo de perseverancia.

Ayer habíamos dejado la galería para dirigirnos á los Uffizj, pero lo avanzado de la hora nos obligó á dejar la visita para el día siguiente. Durante la noche el áspero clima del norte había reemplazado á la dulce temperatura de la Italia. El frío lento toscano, sorprendido de improviso, no sabía como envolverse en su capa. Su embarazo nos daba risa, porque el frío nos parecía muy llevadero. Ahora bien; ántes de empezar nuestro bello y largo paseo sobre las pintorescas riberas del Arno, habíamos tenido cuidado de almorzar con un apetito que había sido singularmente favorecido con la picante conversación de un viajero inglés.

Este amable narrador era un pequeño anciano, muy experto en los viajes. En su vida nómada había visitado muchas veces la Europa entera. Nada importante se le había escapado y hablaba de todo con una exactitud y oportunidad que daban á